

La literatura y el ocio de la sociedad cortesana del Siglo de Oro

JESÚS GÓMEZ

Salamanca, Universidad de Salamanca
(Estudios Filológicos, 350), 2021, 202 pp.

Jesús Gómez ya dejó clara la inclinación hacia los estudios de carácter general en su primer libro: *El diálogo en el Renacimiento español* (1988). La capacidad para ofrecer panorámicas amplias, donde el examen metodológico va unido a la profusión de detalles pertinentes, se pone ahora de relieve en *La literatura y el ocio en la sociedad cortesana del Siglo de Oro*, un trabajo original, complejo, abarcador y, sin embargo, de lectura amable.

En mi opinión, nos encontramos ante una de las mejores monografías sobre este periodo publicadas en los últimos tiempos; por lo novedoso de su perspectiva, la solidez de sus aportaciones y el caudal de ideas que sugiere. El entramado metodológico se construye sobre dos puntos de apoyo fundamentales. El primero es la corte como una formación social específica que surge durante la Edad Media y llega a su culminación con los es-

tados absolutos, siguiendo la pauta marcada por Norbert Elias y Roger Chartier. El segundo se cifra en el análisis del ocio desde el mundo clásico que, aunque centrado en el período objeto de estudio, se prolonga hasta la actualidad.

La sociedad cortesana —el centro del poder institucional y político que gobierna el estricto orden estamental del antiguo régimen— se rige por unas normas basadas en un fuerte sentido jerárquico y unas peculiares relaciones entre sus integrantes, marcadas por el intercambio de servicios y mercedes. Como afirma Antonio Álvarez-Ossorio, (“El cortesano discreto: itinerario de la literatura áulica”, p. 76), “las formas de conseguir el favor del superior, de obtener mercedes y entrar en el círculo de gracia constituyeron el núcleo argumental de la literatura áulica”.

Los desequilibrios y tensiones en los que se sustenta dicha estructura

afloren ya desde el siglo XV en una abundante literatura anti-áulica. Los cortesanos, atrapados por las tareas y servicios inevitables para obtener ventajas monetarias y reputacionales, lamentan la pérdida de libertad de esa forma de vida y manifiestan el deseo de abandonarla. La libertad perdida —motivo recurrente en estos escritos— se identifica con la falta de *otium*, de un ocio activo dedicado a la lectura, la reflexión y la escritura, según destacó Eneas Silvio Piccolomini, el primero en sistematizar las miserias de la vida curial.

A lo largo del libro se aprecian las varias contradicciones de este tejido social, como las que desencadenan la progresiva mercantilización del mercado literario en una cultura regida por el clientelismo; así, por ejemplo, la aparición de la rentabilidad económica asociada con el teatro desde la década de 1580 hizo “aflorear las tensiones entre las prácticas comerciales y las relaciones clientelares o de mecenazgo predominantes” (p. 108).

En cuanto al ocio, Alfonso de Palencia sintetiza con claridad en el *Universal Vocabulario* (1490) la disemia del término *otium*: “Es folgança con reposo; si el ocio es vulgar trae denuesto, pero si es philosophico, lóase”. El ocio vul-

gar se identifica con la reprochable ociosidad, mientras que el filosófico se asimila al *otium cum dignitate* ciceroniano. El estudio desarrolla la complejidad y matices del concepto de *otium* desde el mundo clásico; atiende en particular a su repercusión en la literatura desde el siglo XV hasta el siglo XVIII —una etapa inédita en los estudios sobre el ocio— y señala las diferencias en su consideración durante la posterior sociedad industrial, estableciendo las líneas de continuidades y rupturas a lo largo de la historia. Sin embargo, como afirma el autor, el propósito del libro no es hacer una historia cultural del ocio, sino explicar y demostrar cómo su valoración positiva —antagonista de la “ociosidad”— en la sociedad cortesana, vinculada al concepto clásico de *otium cum dignitate*, contribuye a que el ocio literario pase a considerarse un ‘remedio de la ociosidad’. El desarrollo de esta percepción se convertiría en elemento seminal para el nacimiento de la literatura en la acepción actual del término, en la medida en que sirvió como justificación o coartada tanto para la actividad creadora como para la lectora.

Sobre este soporte, *La literatura y el ocio en la sociedad cortesana del Siglo de Oro* explica cuáles fueron

los mecanismos que se desarrollaron en la edad altomoderna para propiciar el nacimiento de la literatura en la acepción actual del término. Domingo Ynduráin dedicó a este fenómeno su discurso de entrada en la RAE —*El descubrimiento de la literatura en el Renacimiento español* (1997)— y adelantaba ya algunos argumentos en páginas memorables de *Humanismo y Renacimiento* (1994). Jesús Gómez analiza el mismo fenómeno desde una perspectiva complementaria e innovadora, a partir de los valores socioculturales de la cortesanía. Es este el objetivo capital de la obra.

Para ello se apoya en la lectura detenida de un corpus de fuentes apabullante, porque las ideas y matices se sustentan siempre en testimonios textuales; sin embargo, esquivaba el riesgo de la prolijidad erudita, utilizando con habilidad notas de gran riqueza informativa. Quizás se echa en falta un índice de nombres y obras que hubiera permitido navegar por sus páginas en busca de datos concretos, muchos de los cuales se quedan traspapelados en la memoria después de una lectura continuada, dado el volumen de información.

El análisis de la renovación en los tópicos clásicos sirve para evidenciar la nueva valoración positiva

del ocio y sus repercusiones en la literatura. Si Curtius ya había mencionado entre los tópicos del exordio que “escribir es remedio contra el ocio y el vicio”, Jesús Gómez constata que no solo la escritura, sino también la lectura empieza a figurar como antídoto de la ociosidad, argumento que Tirso aduce incluso para justificar la asistencia a las comedias, orgulloso de que con las suyas “se han divertido melancolías y honestado ociosidades” (p. 77). Demuestra cómo la eutrapelia aristotélica o la vieja idea del *arcus tensus rompitur* contribuyen a que el ocio diligente sea valorado como rasgo de distinción social y sirva de acicate para el nuevo gusto cortesano por el conocimiento, el coleccionismo, etc.; la apelación al *prodesse et delectare* contribuyó a asociar la literatura con la recreación honesta lícita en momentos de ocio, y el *beatus ille* —con el encomio de la vida retirada como alternativa a la pérdida de libertad propia de la vida cortesana— sirvió como cortada para “el refugio íntimo del individuo”, según hiciera Montaigne, favoreciendo asimismo la reflexión y autoconciencia que están en la base del ensayo o en la proliferación de la literatura epistolar.

Es una actitud nueva por su alcance que, últimamente, ha lleva-

do a plantear la posibilidad de que el concepto de “campo literario” acuñado por Bourdieu se pudiera aplicar a la literatura de la Edad de Oro. Como tesis secundaria (anunciada ya en la p. 7), el libro discrepa de tal perspectiva y defiende que la profesionalización de la literatura surge en el siglo XIX, asociada a una nueva concepción del arte y del mercado, condiciones incompatibles con las estructuras de la sociedad cortesana y sus valores sobre el ocio y el trabajo.

Los testimonios sobre la literatura como ‘remedio del ocio’ se dividen en bloques correspondientes a los géneros, ya que las condiciones socioculturales y mercantiles implicadas en la difusión de cada uno de ellos son distintas y, consecuentemente, también lo son las estrategias revalorizadoras del *otium litteratum*. El índice puede llamar a engaño, pues cada uno de estos capítulos tiene un desarrollo y un orden propios; escritos con soltura y amenidad, sus citas se integran en el discurso de manera fluida y preparan sorpresas incluso acerca de obras muy conocidas. Resulta imposible dar cuenta de sus pormenores en los límites de una reseña.

No puede extrañar que, entre las ficciones literarias, Jesús Gómez dedique un epígrafe específico al diá-

logo literario, cuyos interlocutores remedan o escenifican con su conversación el ideal de ocio diligente dedicado al intercambio de ideas en torno a temas de interés compartido. Las variadas estrategias para legitimar la escritura y lectura de la narrativa de ficción se suelen amparar en el tópico del *prodesse et delectare* para justificar una intención moral asociada a la necesidad de “honestar” los momentos de ocio; los ejemplos ofrecen una variedad de matices inesperados. Fue la batalla más ardua: la novela solo alcanzará dignidad literaria en el siglo XIX, una vez extinguidos los principios de la sociedad cortesana.

El estudio del ocio poético parte de las observaciones de Lope de Vega sobre sus propias obras, que sirven para destacar cómo la poesía —remedio de la ociosidad ajeno a los intereses económicos— se considera un rasgo de distinción que confiere al género atributos de actividad liberal, frente a los que el mismo Fénix denomina “versos mercantiles” (p. 109) o las “musas ramera” (p. 111), en referencia al carácter mercantil de su teatro. Después, las numerosísimas referencias textuales al ocio diligente del escritor y al ocio de los lectores se prolongan hasta finales del siglo XVIII de la mano de la formula-

ción del plural “Ocios”, término que sirve a muchos autores para titular sus volúmenes de poesía, desde Jacinto Polo de Medina (*Ocios de la soledad*, 1632) a los *Ocios de mi juventud* de Cadalso.

En cambio, el capítulo dedicado al ocio teatral comienza en la ruptura que se produce a finales del siglo XVIII con la *Memoria de espectáculos* de Jovellanos, cuya propuesta se asienta en los principios de una concepción burguesa, no estamental, y en principios económicos próximos a los valores del XIX. En ella se aprecia el cambio de mentalidad, la quiebra en los antiguos valores culturales del ocio, y su nueva defensa “como elemento imprescindible de la vida pública y del orden social” (p. 137). La concepción del teatro como negocio pone de relieve las profundas diferencias respecto a su consideración durante los siglos previos, y con ello también deja de cuestionarse la legitimidad del género en términos morales. Para Jovellanos, la dignificación del teatro pasa por la subida del precio de entradas, la formación de los actores y el ennoblecimiento de los edificios.

El ocio se convierte así, por primera vez, en algo consustancial a la vida de las clases pudientes, sean nobles o burguesas; el vulgo traba-

jador debe limitarse a las diversiones, con lo que quedaría excluida de los teatros la “chusma que no va a la comedia sino por la conversación” (p. 150). Paradójicamente, el silencio será una novedad en los teatros de ópera europeos a comienzos del siglo XIX, cuando dejaron de ser un espacio de sociabilidad del público de la corte —no de la “chusma”— que acostumbraba a charlar durante el espectáculo, como señala Orlando Figes (*Los europeos*, 2020).

Nos encontramos ante una contribución excepcional dentro de su campo de estudio, toda vez que consigue articular de manera trabada las letras y la historia cultural —del ocio, del libro y la lectura— en el contradictorio marco de la sociedad cortesana. *La literatura y el ocio de la sociedad cortesana del Siglo de Oro* es una obra de largo aliento, fruto de lecturas y juicios aposentados, que se lee con fruición e invita tanto a la consulta como a la relectura.

Consolación Baranda

Instituto Universitario Menéndez Pidal

Universidad Complutense de Madrid